

San Josemaría, sacerdote

La cercanía de estas dos fechas, la del final del año sacerdotal y la de la marcha al cielo de san Josemaría, nos invita a dirigir nuestro pensamiento a aquellos hombres que a diario se entregan al servicio de sus hermanos

Cuando hace poco encontré a un buen amigo que había pasado recientemente con sus cuatro hijos pequeños por Madrid, me contó que estuvieron visitando la Catedral de la Almudena, que, como bien saben, posee una capilla dedicada a San Josemaría, presidida por una imagen escultórica del santo. Mientras observaban los distintos detalles de la vida del fundador del Opus Dei que allí se encuentran, uno de los niños, de apenas siete años preguntó: "papá, ¿por qué San Josemaría no va vestido como sale en las estampas?". Y es que quien alguna vez haya rezado la estampa con la oración para la devoción de San Josemaría, o haya asistido a proyecciones de sus tertulias con gente de todo tipo, lo habrá visto vestido siempre con una sencilla sotana que le acompañará desde que se ordenara sacerdote, allá por el año 1925. Así, sin duda, lo conocía este pequeño. No obstante, en la representación a la que antes aludía, san Josemaría aparece con los ornamentos litúrgicos con los que el sacerdote se reviste para la celebración de la Eucaristía. ¿Por qué ese motivo? Porque san Josemaría tenía la conciencia clara de que la principal función de un sacerdote -que eso es, ante todo, lo que era y se consideraba-, aquello para lo que se recibe el sacramento del orden, es la celebración eucarística y la del resto de los sacramentos. Esa es su manera concreta e insustituible de servir a la Iglesia y a sus hijos. Servicio del que la piedra labrada quiere dejar constancia perpetua.

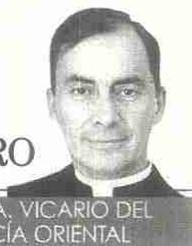
Concedor de la responsabilidad que conlleva tan específica y sagrada función, pedía en 1929 junto al lecho de una moribunda: "¡Si no he de ser un sacerdote, no bueno, ¡santo!, di a Jesús que me lleve cuanto antes!". Concedor, pues, de la responsabilidad de ser pastor de almas, de ser instrumento divino para llevar la gracia sobrenatural para el bien de tantas personas, siempre tuvo en su corazón un espacio especialísimo para sus hermanos sacerdotes, por los que rezaba y pedía oraciones de continuo, para que fueran muy santos.

Justamente ahora, acabamos de concluir el año que Benedicto XVI ha querido dedicar al sacerdocio, coincidiendo con el 150 aniversario de la muerte del cura de Ars, ejemplo y modelo para el clero, a quien precisamente San Josemaría nombró como intercesor de la Obra.

El artículo del día

ANTONIO
LUQUE PIÑERO

DOCTOR EN TEOLOGÍA. VICARIO DEL
OPUS DEI EN ANDALUCÍA ORIENTAL



La cercanía de estas dos fechas, la del final del año sacerdotal y la de la marcha al cielo de san Josemaría, nos invita a dirigir nuestro pensamiento a aquellos hombres que a diario se entregan al servicio de sus hermanos, dejándose la vida gozosamente -como estos dos sacerdotes santos-, para que otros la ganen, dando gratis lo que gratis han recibido. Son muchas las obras apostólicas y humanitarias que atiende el clero de la Iglesia Católica, muchos millones de personas católicas o no, los que, de una u otra manera, nos beneficiamos de su labor tantas veces silenciosa; es deber de todos los bautizados lograr que se sientan siempre queridos y acompañados, por medio de nuestra oración y de nuestro apoyo a su labor en las parroquias, en los hospitales, en las residencias de ancianos y personas dependientes, en las misiones, en los conventos y en otros tantos lugares.

Esta realidad de hombres entregados, debe incitar a una reflexión sobre los que no han recibido el sacramento del Orden, los fieles laicos, igualmente incorporados al pueblo de Dios al recibir al Espíritu Santo en el Bautismo, a quienes también corresponde la tarea de la evangelización y de la expansión de la doctrina de Cristo por toda la tierra. Esta misión está expresada por el mandato del mismo Jesús, cuando antes de elevarse al cielo el día de su Ascensión indica a los discípulos "id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación". En esto consiste la vocación al apostolado de todos los cristianos, que tanto predicó san Josemaría, en dar testimonio de Cristo en todos los ambientes, para poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Se trata de hacer a Dios presente

en nuestro ambiente profesional, realizando nuestro trabajo -por amor a Dios- con perfección humana y con espíritu de servicio al resto de la sociedad. Del mismo modo que el sacerdote hace presente a Cristo entre los hombres con las palabras de la Consagración, cualquier cristiano puede hacer presente a Cristo entre sus tubos de ensayo, entre sus libros, entre las bancas de su aula universitaria, en sus tareas domésticas, en los andamios de una construcción y en cualquier trabajo, en virtud del sacerdocio común de los fieles. Nuestra sociedad necesita hombres y mujeres que muestren con su vida, con su ejemplo y con su palabra, que la verdad de Cristo sigue viva y que da respuesta a las más inquietantes preguntas acerca de la dignidad humana, de la existencia, de la finalidad del mundo. Ningún cristiano puede desvincularse de esta tarea de apóstoles, pues no se puede separar el imitar a Jesús de la preocupación constante por los demás.

Enseña san Josemaría en Amigos de Dios: "Apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por el sacerdocio común de los fieles, que confiere una cierta participación en el sacerdocio de Cristo, que -siendo esencialmente distinta de aquella que constituye el sacerdocio ministerial- capacita para tomar parte en el culto de la Iglesia, y para ayudar a los hombres en su camino hacia Dios, con el testimonio de la palabra y del ejemplo, con la oración y con la expiación".

Todos los bautizados estamos, pues, implicados en el mismo objetivo: nuestra santidad y la de los demás. Una pequeña parte de todos ellos tenemos la función específica de administrar los sacramentos para que ese objetivo sea posible. Sin la gracia de Dios, que se recibe por primera vez en el Bautismo y que se va acrecentando con los demás sacramentos (especialmente la Penitencia y la Eucaristía, que son los que se pueden recibir con una mayor frecuencia), ninguno de nuestros actos tendría mérito a los ojos de Dios. No podríamos ir al cielo. Por tanto, pidamos como tanto recomendaba san Josemaría, que siempre haya almas generosas, que como él se entreguen a este servicio a Dios y a los demás, y que sean, no buenos, sino ¡santos!